

## Memoria barrial de alto nivel

### *Cuando la felicidad costaba dos pilas*

JUAN GUILLERMO VALDERRAMA S.  
Universidad de Antioquia, Medellín,  
2017, 178 pp.

LA HISTORIA del barrio Aranjuez, en la comuna 4 de Medellín, es curiosa. No surgió, como erróneamente dice el autor de la nota en Wikipedia, como barrio de invasión en la segunda década del siglo XX. Al contrario, fue un barrio planificado que creció de forma ordenada y en el que vivió cierta élite de lo que hoy llamaríamos clase media, hasta su decadencia, sobre todo en los años ochenta, cuando fue antro de sicarios, venta de droga, prostitución y escenario de una violencia sin límites, tal como lo retrata Gilmer Mesa en esa brutal, desgarradora novela que es *La cuadra* (2016).

Según informa Fernando Botero Herrera, en la *Historia de Medellín* (1996, p. 365), Aranjuez fue una hacienda que loteó el urbanista Manuel J. Álvarez y creció gracias a la ayuda cooperativa de los vecinos que compraban un solar y, a cambio, durante dos días a la semana, abrían la trocha para hacer las futuras calles. Al barrio llegaron muchos desplazados por la violencia liberal-conservadora, que con gran brío superaron las múltiples dificultades de edificar en laderas empinadas hasta finalmente asentarse y consolidar un hogar nuevo en la ciudad industrial que crecía rápidamente.

Mucho tiempo después, ya con el barrio cimentado, sus calles asfaltadas, una ruta de buses, electricidad, acueducto, alcantarillado, alumbrado público, teatros, tiendas, centro de salud, colegios y peluquerías, llegué yo, el postrero retoño de mi padre y la última intranquilidad de mi vieja. Me tocó ya casi todo construido; únicamente faltaba por construirme yo. (p. 1)

La voz que remata la descripción anterior atrapa inmediatamente al lector. Es la voz del vecino que recupera la memoria de su barrio como una forma de celebrarlo y que a su vez halla su identidad en un lugar y tiempo

determinados de una ciudad. Es una voz particular, que simula la oralidad secundaria para llevar de la mano al lector desprevenido a través de un conjunto de historias con las que se siente empatía inmediata, pues el barrio latinoamericano es el tejido que reúne los hilos de la niñez y la adolescencia de quienes tenemos más de cuarenta años y vivimos hoy en conjuntos de apartamentos.

La voz narrativa de este libro singular —voz deudora de la picaresca, con ecos del *Lazarillo de Tormes* y del Carrasquilla de *Hace tiempos*— es un descubrimiento del poeta Jaime Jaramillo Escobar. Nos referimos a Juan Guillermo Valderrama Santamaría (Medellín, 1964), autor que no proviene de una élite ilustrada de escritores que hayan pasado por la universidad. En una entrevista en YouTube declara que repitió cuatro veces segundo grado de bachillerato. Degradado por su fracaso escolar, el padre lo compelió a trabajar y en la calle conoció el submundo de la droga, del bazuco, de las pepas más sofisticadas. Lo redimió la escritura y la mano del maestro Jaramillo Escobar, que lo guió en su Taller de Poesía de la Biblioteca Pública Piloto. Valderrama ha escrito un bestseller, *La verdad sin calzones* (2008), donde narra su pesadilla y lo hace en el mejor estilo de la picaresca antioqueña, es decir, hablando de lo trágico con buen humor.

Un acierto de la editora que estuvo a cargo de *Cuando la felicidad costaba dos pilas* es presentar en los paratextos a un autor relativamente anónimo con el apoyo de dos nombres célebres y aprovechar tanto la carátula, la solapa y la contracarátula para dar una identidad de peso al escritor. En la solapa, la biografía de Valderrama se reduce a veinticinco palabras en que llama la atención la expresión “narrador autodidacta”. En el prólogo, Jaramillo Escobar siembra el interés en el lector al recomendar las crónicas que más le han impactado mientras valora el hecho de que el libro “resulta testimonial”, y agrega: “Es, pues, historia vivida, sentimientos padecidos, sincera y auténtica experiencia” (p. xii). En la contracarátula, el reconocido periodista Alberto Salcedo Ramos particulariza los aciertos de

Valderrama al retratar dos décadas de Aranjuez:

La vida del barrio es descrita con una potencia narrativa notable, desde adentro: los primeros amores, los chismes, los dimes y diretes, los atardeceres, los cambios sociales. El autor tiene un talento que le permite ver lo individual dentro de lo colectivo y viceversa. En su prosa hay vigor y mucho humor: con eso se defiende de caer en un exceso de sentimentalismo cuando pinta este fresco familiar.

El barrio como microcosmos de la ciudad se presta para la crónica, pues esta, en palabras de la profesora Maryluz Vallejo, permite “descubrir con otros ojos las calles que se suelen recorrer, los lugares de encuentro y los personajes que de tan conocidos ya hacen parte del paisaje cotidiano” (*Talleres de crónicas barriales*, 2007, p. 9). Aranjuez, en la voz de Valderrama, adquiere una vivacidad particularísima. Las 35 crónicas breves constituyen un mapa de la nostalgia, pero también del desarraigo. El barrio con sus gentes, historias, accidentes abruptos, nos da oportunidad de ver cómo un conglomerado humano se solidariza y crece, pero también por diversas causas se autodestruye al romper el tejido social que lo une.

Valderrama es un gran observador de la vida comunal que hace uso de diversas técnicas narrativas con el fin de abrir el espacio discursivo para que el lector dialogue con el texto y acabe inmerso en él. La primera de estas técnicas es el retrato de personaje. En la crónica que da título al libro, el personaje es un objeto, un radio transistor. Lo vemos llegar a la humilde casa de la mano del padre del narrador que es supervisor educativo en el puerto de Turbo y ha comprado un par para complacer a los hijos varones menores. El hilo de la narración se centra en cómo el radio portátil cambia los hábitos del joven narrador:

Mi mundo abarcaba escasas cuatro cuerdas a la redonda, excepto los domingos cuando podía ir a misa y alejarme dos cuerdas más. Pero con aquella sonora cajita tuve boleto para viajar, en primera clase, a cualquier parte del mundo, y gratis. (p. 43)

CRÓNICA		RESEÑAS
<p>El radio adquiere vida propia y convierte al niño en profundo admirador de las narraciones, en especial de las radionovelas (<i>Kalimán, Arandú, La ley contra el hampa</i>), y los programas de humor (el del hoy olvidado Montecristo, rey del chiste fácil y vulgar), además de los noticieros con sus alertas por el robo de las elecciones a Rojas Pinilla, el nacimiento del M-19 y la caída del socialismo en Chile. El radio transistor luego sufrirá todo tipo de golpes y desperfectos, pero no morirá y será salvado como Moisés de las aguas.</p> <p>El segundo recurso es la descripción de la cultura material y los saberes populares: la cocina, los paseos, la vida escolar. Valderrama maneja con singular humor el tema religioso. Llama “cuatro guardianes insobornables” a los íconos católicos presentes en el hogar devoto: dos óleos, uno del Corazón de Jesús y otro de la Virgen María, un crucifijo de madera, y una correa de cuero con la que el padre y la madre castigan los malos comportamientos y las notas en rojo de la libreta escolar de calificaciones. El radio es testigo de cómo el muchacho ahora se trueca en vago noctámbulo, amigo de la parranda y los burdeles. Al leer la crónica se oye la música de plancha, las palabras y el habla típicos de los antioqueños, el llanto de la madre al no saber del marido o de los hijos que llegan tarde a casa y no siguen las reglas cristianas</p> <p>El hogareño remanso de relativa paz se rompe con la presencia brutal del narcotráfico. La crónica dedicada al breve y dramático paso de Pablo Escobar por la casa de los Priscos, una de las familias de sicarios más tenebrosas de Medellín (“Una mañana con el capo de capos”, p. 77), advierte ya sobre la descomposición social. Aranjuez se doblega ante el Patrón, que convertirá el barrio en nido de asesinos y comercio de narcóticos, dejando tras de sí una estela de homicidios horribles, mujeres violadas, balaceras a plena luz del día.</p> <p>El tercer recurso narrativo del autor es el humor que, como se señaló antes, equilibra las historias, acoge al lector ya sorprendido, y da una dimensión más real de lo humano al matizar lo oscuro de la historia del barrio. Este humor negro, acre en ocasiones, sale a flote en la mejor crónica del libro, en</p>	<p>mi opinión: “El primer León enjaulado en Antioquia”. Aquí Valderrama narra con pormenores el enorme esfuerzo que debió hacer durante varios años para ganarse la confianza de un secuestrador, apodado el Volquetero, que tres décadas atrás había participado en el plagio del hacendado Leonidas Garcés, uno de los primeros secuestros extorsivos en Colombia.</p> <p>Mientras que el narrador toma café, el Volquetero apura más cervezas, pero no habla de lo sucedido. El delincuente sabe lo que quiere el periodista, pero alarga la confesión para desencanto del lector. Hasta que por fin, después de meses de paciente espera, una tarde se suelta, al principio con gran cautela, y desenreda el ovillo con gran detalle. El Volquetero le aclara a Valderrama: “Es que uno no cuenta esas cosas así no más, de amistad, de tragos, usted más que yo sabe cómo es la vaina” (p. 67). En efecto, con Frank, un compañero de escuela que pertenecía a una banda de rateros, el Volquetero y otros tres planean el secuestro de Leonidas, que es retratado como un anciano tacaño, mezquino. Frank detalla en un cuaderno el asalto, el secuestro y la retención. Como lectores tenemos la impresión de que ya conocemos estas dolorosas historias, pero Valderrama da un giro humorístico al relato. Los secuestradores exigen el dinero para devolver al hacendado, pero los hijos aprovechan la ocasión para deshacerse del viejo y quedarse con la plata y las tierras. El texto adquiere, entonces, matices surrealistas. Los secuestradores, enredados y al borde del desespero, llevan al viejo encaletado a cuanto lugar van. La escena parece de filme de los hermanos Coen. En una ocasión, dos de ellos, Frank y el Volquetero, juegan al billar a escondidas de los otros tres —la Liebre, Alambrito y Navajas—, que dejan a Leonidas en el baúl del carro. Al verlos llegar, Frank se enfurece:</p> <p>¿Acaso ustedes no son los encargados de cuidar al Pobre Viejecito?  ¿Acaso no les dije que no lo dejaran un minuto solo? La Liebre se paró, y con una risita burlona dijo:  “Es que no es justo que mientras nosotros llevamos días cuidando a ese viejo marica, y comiendo no más que salchichón con pan y Coca</p>	<p>Cola, ustedes dos estén aquí jugando billar y putiando”. (p. 73)</p> <p>No contaremos el final de la crónica, que es hilarante.</p> <p>Se podría criticar, en el resto de las crónicas, que hay una apología de lo pintoresco, pero sería injusto. Si observamos con atención, en todas aparecen elementos que ayudan a entender la dinámica de violencia y pérdida de norte que tomó Medellín en los años ochenta y noventa del siglo pasado. Estas crónicas, entonces, se constituyen en un documento de historia sociocultural de gran valor. Llamo la atención sobre tres de ellas —“Mi lazarillo”, “Que las hay, las hay” y “Yolanda”— que retratan vivamente a tres personajes de Aranjuez: un ciego adicto al bazuco, una bruja a la que consultan políticos y señoras de clase alta, y una prostituta.</p> <p><i>Cuando la felicidad costaba dos pilas</i> es periodismo de alto nivel literario, documento social y memoria de la vida urbana. Por sus páginas se percibe vivamente una Medellín que duele y por la que a su vez se siente nostalgia. El poeta Helí Ramírez detalló con gran cuidado esa <i>saudades</i> del barrio que ya no existe, en un poema de su bello libro <i>La ausencia del desencanto</i> (1975): “[...] se carcajea la noche desnudándose / cuando / amanece trastabillea el corazón”.</p> <p style="text-align: right;"><b>Carlos Sánchez Lozano</b></p>